La Dialéctica del Renacimiento

Esther Cohen, *Con el diablo en el cuerpo. Filósofos y brujas en el Renacimiento*, México, Taurus / UNAM, 2003.

Cuando recibí el libro de Esther Cohen, me acerqué a él con el temor del profano, del lector que no tiene ninguna competencia particular para juzgar un ensayo sobre la cultura del Renacimiento y las persecuciones de las brujas. Al mismo tiempo, lo leí con la curiosidad y la expectativa del lector ya familiarizado con la escritura de Esther Cohen, sabiendo de antemano que iba a ser confrontado con un ensayo brillante, en el cual encontraría lo que Roland Barthes llama el “placer del texto”. Así, no pude evitar el comparar ese libro con los pocos que ya había leído sobre este tema, en particular los de Carlo Ginzburg, de *Mitos, emblemas, indicios* a *Historia nocturna. Investigación sobre el Sabat*. No quiero oponer a estos dos autores —a quienes admiro muchísimo— y me parece que el libro de Esther complementa perfectamente los del historiador italiano; pero de inmediato me golpeó la diferencia del estilo, de la organización de los textos, y no escondo mi preferencia por el ensayo de Esther. Por supuesto, Ginzburg desarrolla ideas creativas e interpretaciones originales, pero siempre recubiertas por varios estratos de citas, de referencias, casi sofocadas por una erudición pesada. *Con el diablo en el cuerpo* contiene algunas intuiciones geniales, que siempre se entregan al lector a través de fórmulas elegantes y suaves, con una liviandad que es lo contrario de la superficialidad, que es sentido de un equilibrio estético del texto, elegancia del fraseo.

Pero eso fue la confirmación de lo que ya sabía. Lo que me sorprendió al leer este libro es la resonancia tan grande que, desde las primeras páginas, establece con la reflexión actual de los filósofos y de los historiadores contemporáneos, los cuales, como yo, traba-

jan sobre las formas de opresión, persecución y violencia en el siglo xx. A partir de esta perspectiva, de una mirada desde el presente, haré unas breves consideraciones sobre este libro. Como nos enseña Ernst Bloch, la “no-contemporaneidad” (*Ungleichzeitigkeit*), las interferencias de los tiempos históricos, pueden ser inmensamente fecundas desde un punto de vista epistemológico, precisamente porque nuestro presente está cargado del pasado, inclusive de un pasado muy lejano. Es la propia Esther Cohen quien sugiere esa lectura, en la conclusión de su libro, a través de una fórmula muy brillante que no quiero resumir, sino citar:

Si bien es cierto que la barbarie del siglo xx no es la misma que la de los siglos xv a xvi, los cimientos sobre los que se gestó no dejan lugar a dudas: en ambos casos se trata de una ‘alergia’ violenta a la alteridad radical, negación del otro absolutamente otro, llámese judío, bruja, mujer, negro, indígena. La barbarie del Renacimiento fue la cacería de sus brujas, esas mujeres que en medio del despliegue imaginario y fantástico, ‘tuvieron’ que morir para justificar tanto documento de cultura. Detrás de Miguel Ángel y de Leonardo, detrás de las grandes construcciones arquitectónicas y filosóficas, detrás inclusive del incipiente pensamiento científico, están ahí, reducidas a cenizas, esas viejas brujas que no encontraron ya un acomodo en la redistribución de saberes y que, con sus cuerpos ya marchitos, fueron sacrificadas al fuego en nombre de la cultura, de la religión y de la buena moral. Mientras las cortes y las catedrales alojaban a esos cuerpos majestuosos y sensuales, la mano dura de la ‘cultura’ inquisitorial acababa, o al menos lo intentaba, con los restos de una auténtica cultura pagana que había florecido durante siglos (134-135).

En un libro fundamental de la filosofía del siglo xx, *Dialektik der Aufklärung*, escrito inmediatamente después de la guerra, Th. Adorno y M. Horkheimer subrayaban el vínculo que siempre unió de manera indisociable, en el proceso de civilización, progreso y violencia, cultura y barbarie, un vínculo que transforma el progreso técnico y científico en regresión social y humana, y que al final desembocó en Auschwitz e Hiroshima. En un capítulo consagrado al antisemitismo moderno, ellos evocan a los judíos como chivo expiatorio de las contradicciones de ese proceso de civilización. Un mundo uniformizado en una comunidad totalitaria, monolítica y encerrada en sí misma que

no puede tolerar ninguna forma de alteridad. La *ticket mentality* rechaza al otro, lo que escapa a las normas, y, durante los momentos más agudos de las crisis sociales e históricas, lo extermina.

Con el diablo en el cuerpo nos permite descubrir los orígenes de esta articulación singular entre cultura y barbarie al elaborar una verdadera “dialéctica del Renacimiento”. Las hogueras son la otra cara del humanismo; la persecución de las brujas son el revés dialéctico de la emergencia de una idea universal del hombre; la barbarie se revela como la hermana de la razón, una razón que empieza a descubrir sus fuerzas gigantescas y a convertirse en un instrumento de dominación. Emancipación y catástrofe caminan juntas, se enlazan en una danza peligrosa cuyo éxito siempre es imprevisible, y la razón sirve a ambas, ora como fuerza libertadora, ora como inteligencia de la dominación. No era posible, en el siglo xvi, darse cuenta de esa dialéctica que ahora es más clara, pero que ya está presente en la obra de algunos pensadores renacentistas, como Maquiavelo, teórico a la vez de la virtud republicana y de la astucia calculadora del poder. El trabajo —hecho por los filósofos— de racionalización de la magia y de institucionalización de las ciencias ilustra esa transformación del saber en arma del poder.

El poder legitimado por la razón y por las nuevas ciencias necesita víctimas que sacrificar, las brujas. Ellas son vistas como representantes de una cultura de rituales y de prácticas populares que el poder no puede controlar, por lo que se perciben como una amenaza. Su alteridad es compleja, porque las brujas son, al mismo tiempo, una figura emblemática de esa cultura popular que gradualmente se transforma en contracultura, en cultura de las clases subalternas opuestas al poder oficial, y un estereotipo negativo fabricado por el propio poder: un poder social, político, religioso y, por supuesto, un poder de género. Como escribe Esther Cohen, “La bruja será el cuerpo de la mujer renacentista narrado por sus verdugos” (31).

Sin embargo, la cacería de las brujas se convertirá pronto en un relato mitológico, en una memoria fantasmal, tan oral como literaria, y también en un arquetipo metafórico. Las brujas no serán olvidadas después de la Revolución francesa y del advenimiento de la modernidad política. No desaparecen de la memoria colectiva con los tribunales de la Inquisición y con el agotamiento de la Contrarreforma, ni

con el desarrollo de las nuevas formas de disciplina y de punición creadas por la sociedad industrial, a pesar de que Foucault las ignore ampliamente. Ellas siguen habitando el imaginario colectivo de los siglos XIX y XX, listas para encarnarse en nuevas formas de persecución social y política. En Europa, se habla de la cacería de brujas bajo el imperio ruso de los zares, durante los procesos por asesinatos rituales instruidos contra los judíos; después, durante el proceso contra el capitán Dreyfus en la Francia de la Tercera República y, finalmente, en los años treinta del siglo pasado, cuando en la Unión Soviética de Stalin, los trotskistas son acusados de envenenar pozos y de copular con el diablo, es decir, de colaborar con el fascismo. En la misma época, en la Alemania nazi, Joseph Goebbels organiza autos de fe de los libros prohibidos, vehículo de una ciencia subversiva, hebrea y antiaria. Se hablará otra vez de cacería de brujas —*Witch Hunt*— en los Estados Unidos durante los años cincuenta, cuando los comunistas eran perseguidos por el macartismo. Hay algo de brujería en los esposos Ethel y Julius Rosenberg, comunistas y judíos, que serán acusados de copular con el diablo y de aliarse con Satanás —la Unión Soviética—, dándole el secreto de la bomba atómica. Ellos también pagarán su culpa en una hoguera moderna, electrificada.

Me parece que la instalación de esta imagen metafórica en nuestra cultura aún está basada en un equívoco que se populariza en el lugar común donde esas persecuciones políticas, religiosas, raciales y sociales serían fenómenos anacrónicos, vestigios de un pasado ancestral. Es decir, la cacería de brujas se percibe exclusivamente como un rasgo de oscurantismo. Sin embargo, Esther Cohen nos hace comprender que las hogueras son el revés dialéctico del proceso de civilización, nacen con la modernidad y la acompañan en su recorrido, declinándose en formas diferentes, hasta nuestros días. Al recordar las palabras de Walter Benjamin, en el sentido de que no hay documento de cultura que no sea al mismo tiempo un documento de barbarie, ella nos ayuda a interpretar a las brujas no simplemente como figuras del pasado, sino como arquetipo de las formas de opresión del presente, como figuras de nuestra modernidad.

Ellas encarnan, como mujeres, como figuras muy complejas, de paradoja, todos los fantasmas de la trasgresión sexual, del dominio de su cuerpo, de la satisfacción inmoderada de sus deseos y de de-

safío a las normas morales fijadas por el poder. Asimismo, personifican el estereotipo de una alteridad negativa marcada en su cuerpo y aparecen como seres monstruosos, deformes, horribles, más parecidas a las bestias que a los humanos. El cuerpo de las brujas prefigura el cuerpo deforme del judío tal como lo dibuja una literatura antisemita muy amplia que (desde Edouard Drumont hasta Louis Ferdinand Celine, de Charles Dickens a Houston Stewart Chamberlain) elabora toda una tipología de la alteridad física judía (nariz, orejas, mirada, olor, conformación del cerebro, patología psíquica, desequilibrio entre desarrollo físico e intelectual, etc.). La bruja renacentista, como el judío moderno, víctimas de la Inquisición y del antisemitismo respectivamente, sacrificados en las hogueras y en los hornos crematorios, expresan dos formas de alteridad estigmatizada que se inscriben en un mismo código cultural de legitimación negativa del poder: el otro que permite definir la norma (religiosa, racial, nacional, etc.).

Este carácter polimorfo y camaleónico de la bruja se perpetúa en el imaginario moderno hasta nuestros días. En el lenguaje común, una bruja es una arpía fea, vieja y horrible; pero, en una película hollywoodiana como *Mary Poppins*, aparece como una hermosísima mujer y, en las caricaturas de Walt Disney, como una simpática viejita que adora a los niños. Las dos imágenes son paralelas. En la década de los setenta, las feministas se apropiaron el estereotipo negativo de la bruja y lo reivindican como marco de una alteridad subversiva y emancipadora, reconociendo en las brujas renacentistas a sus antepasadas. Recuerdo las manifestaciones de feministas gritando: “*Tremate, tremate; le streghe son tornate*”. (“¡Tiemblen, tiemblen; las brujas regresaron!”)

Como los judíos, las brujas están desarraigadas de su suelo; no tienen vínculos territoriales; aparecen y desaparecen en cualquier lugar; flotan en el aire; no pueden ser ubicadas claramente. La iconografía renacentista las muestra volando, casi como figuras chagallianas, rodeadas de vacas, lunas y árboles. Este carácter móvil recuerda los *Fluchtmenschen* de la literatura yidish y del folclore judío de Polonia y de Rusia de finales de siglo, así como los *Fluchtlinge*, los exiliados de los años treinta y cuarenta, víctimas de persecuciones en sus países de origen y de hostilidad xenófoba en los países

que los recibieron. Como los judíos modernos, emancipados y asimilados, las brujas encarnan una alteridad oculta, tanto más peligrosa y corruptora cuanto que es invisible. “A diferencia del loco o del leproso que pueden ser simplemente aislados de la sociedad —escribe Esther Cohen— a la bruja habrá, necesariamente, que exterminarla” (26).

Las brujas tienen algunos abogados defensores —por ejemplo, Agripa y sus discípulos, y en primer lugar, Johann Wier— que acusan al poder de abdicar a la razón, de perseguir víctimas inocentes y de fabricar enemigos fantásticos. Así, se defiende a las brujas porque no son brujas, sino una simple invención de un poder de opresión. En otras palabras, ellas no son reconocidas, su identidad no es admitida. No obstante, las brujas existen por sí mismas. Los tribunales de la Inquisición nos transmiten sus palabras. De la misma manera, en la época de la Ilustración, los defensores de la emancipación judía, de Wilhelm von Dohm al párroco Gregoire, de Th. Lessing a Clermont Tonnere, se preocupan por “regenerar a los judíos” para extirparlos del judaísmo. De la misma forma, se puede mencionar cómo Bartolomé de las Casas defiende a los indígenas porque, como seres humanos, pueden dejar de ser aztecas para transformarse en buenos cristianos. El genocidio de la Conquista es paralelo a las cacerías de brujas y las hogueras europeas; es la destrucción de una alteridad que no es, en este caso, interna al mundo occidental, sino vinculada a otro mundo y a otra civilización. Esta coincidencia no es casual: son dos caras de la misma dialéctica del Renacimiento, magistralmente desvelada por Esther Cohen en su libro como una historia pasada “a contrapelo”, desde el punto de vista de los vencidos.

ENZO TRAVERSO